

República Dominicana y Laura Náter y Mabel Rodríguez Centeno sobre Puerto Rico, dan cuenta de los pormenores que todavía persisten en los países de América Latina no sólo por autonombrarse, sino también por definir un presente que parezca propio y no una imposición de “los otros”.

La primera curiosidad que satisface el libro es confirmar que los significados de los vocablos precolombinos que hoy identifican a nuestros países han despertado controversias desde las crónicas coloniales que aun no quedan satisfechas. Chile puede significar “muy frío” en voz quichua, Uruguay puede ser una palabra compuesta para designar “río de caracoles” o “cola del pájaro urú”, entre otros, y Paraguay significar “río de plumas”. Y, aunque el giro lingüístico post-Saussure haya confirmado que los nombres son un mero convencionalismo, persiste la necesidad de vincular la esencia del país con el significado de su denominación y con el destino del pueblo. Algo que hasta el siglo XIX parecía incuestionable.

La mayor virtud de esta obra es que se aborda de un vistazo la historia de las naciones latinoamericanas a través de las vicisitudes que les dieron el nombre con el cual hoy las conocemos. En sus páginas se recrean los encuentros y desencuentros de los proyectos políticos de las élites, la visión histórico-cultural de los criollos, los ideales de los grupos que lucharon por la emancipación de la metrópoli, la persistencia de la iconografía indígena, el poder del clero, y las ambiciones de riqueza que llevaron a tantos hombres a pisar tierras habitadas pero desconocidas para ellos y que muy pronto quisieron apropiar. Los capítulos que lo componen son una valiosa aportación para la historia de América Latina, que se recorre amablemente a través de la amenidad que implica indagar sobre el origen de los nombres de esos pueblos y quién o quiénes decidieron adoptarlos.

Luis OCHOA BILBAO
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

CAPDEVILA, Luc – LANGUE, Frédérique (dirs.): *Entre mémoire collective et histoire officielle. L'histoire du temps présent en Amérique Latine*. Rennes. 2009. Presses Universitaires de Rennes. 278 pp.

Manipulado con fines políticos, o enmarcado en un renovado deber de memoria, el pasado reciente constituye un factor que pesa considerablemente en las decisiones y en las interpretaciones de los actores y en la agenda de la sociedad en América Latina. De su empleo por los actores, bien pueden identificarse mecanismos y estrategias destinadas a reorganizar una idea del pasado, a significar recuerdos compartidos, y/o a la construcción de una “historia oficial”. Como bien lo señaló Annette Wieviorka, el siglo pasado fue una “era del testigo”¹, por lo cual, a esta descripción precedente debería incorporarse la irrupción de la memoria y del testimonio como elementos cen-

¹ WIEVIORKA, Annette. *L'ère du témoin*. Paris. Plo. 1998.

trales en la elaboración de una versión del pasado. Por su parte, la investigación científica también interviene en estas operaciones, aunque limitando su papel a descartar la incidencia del pasado en el presente en tanto determinación cuasi-matemática.

Interrogarse sobre estos fenómenos y estos complejos mecanismos de explicación y de explicitación del pasado coloca en el primer plano del interés, tanto científico como social, no pocas cuestiones cuya resolución desafía nuestra idea del pasado. Las respuestas para este reto son todavía parciales, en especial, desde la propia cofradía de los historiadores. La reevaluación y resignificación de la(s) memoria(s), la disputa política que surge de ello y, en definitiva, los cambios en el régimen de historicidad constituyen tareas que, a veces, ponen en cuestión, incluso, el estatus de la Historia como registro de todo el pasado humano basada en una serie de métodos y convenciones validadas por una comunidad académica. Todo ello interpela, a un tiempo, a la producción de conocimientos históricos, a su difusión, a la profesión del historiador y a la relación de la sociedad con su pasado.

Estos multifacéticos desafíos son abordados en perspectiva histórica y, en ocasiones, comparativamente en los trabajos reunidos por Luc Capdevila (Université de Rennes 2) y Frédérique Langue (CNRS-EHESS) en *Entre mémoire collective et histoire officielle*. Se trata del resultado de la continuación y ampliación de las reflexiones producidas en el marco de la jornada de estudios “Conflictos y sensibilidades en la historia del tiempo presente en Iberoamérica”, que reúne una serie de contribuciones de diferentes orígenes nacionales que intentan dar cuenta de la reciente evolución de una manera particular de estudiar la historia más cercana en el tiempo. Esta obra está dividida en tres partes y en su introducción aporta una revisión del nacimiento y desarrollo de la historia del tiempo presente (en adelante, HTP) en Europa y en América Latina. Los puntos de partida son bien diferentes a ambos lados del Atlántico, aunque vistos más de cerca no quedan tan lejanos. En el Viejo Continente, el surgimiento de esta corriente historiográfica tuvo su origen en la voluntad manifiesta de integrar a la agenda de la investigación científica temas fundamentales y, a la vez, cercanos al tiempo vital de los investigadores, de la historia del siglo XX. Este proceso se vio acompañado por una suerte de imposición de la memoria colectiva como objeto de estudio. En lo que concierne al caso latinoamericano, aquí la variable determinante fue el fin de la ola de gobiernos *de facto* que dominó el largo período comprendido entre fines de los años 70 y el comienzo de los 80 del siglo pasado, sumado a demandas de justicia y reparación por crímenes cometidos desde el Estado en aquellos años. Esta introducción también explicita un eje común a todas las contribuciones que se incluyen en el libro: situar a la violencia política en un marco de *longue durée* como el de las diferentes historias nacionales.

La primera parte del libro, “Pasados vivos/historia viva”, se organiza a partir de la cuestión de la memoria y el lugar del testimonio en la construcción de los relatos sobre el pasado reciente. Por un lado, se toman como casos de estudio diversos aspectos de la historia reciente de Cuba, Nicaragua, Chile y Guatemala durante el período 1960-1980, lo cual se completa con la inclusión de una contribución sobre la memoria de la Guerra Civil en la España actual. En la segunda, denominada “Escrituras”, el centro de atención se desplaza geográficamente hacia países y situaciones del Cono

Sur, para presentar distintos análisis sobre las diversas instancias del registro y comunicación de pasados recientes. Ya sea tomando como caso de estudio al arte (callejero o teatral), a los afiches, a la tradición oral, o a la crónica policial en los medios, las contribuciones que componen esta parte se articulan en torno a la pregunta sobre cómo los individuos intervienen en la elaboración de una versión sobre el pasado. En “Historias oficiales/memorias colectivas”, la tercera parte, los textos incluidos se enfrentan, una vez más, a la incómoda cuestión del populismo latinoamericano, en esta ocasión estructurada a partir de la tensión entre versión estatal del pasado y memoria colectiva. Aquí se estudian los casos de México, sacudido por el zapatismo reciente, Venezuela, bajo la égida de Hugo Chávez, y la Bolivia que mira la dolorosa Guerra del Chaco, como así también el de algunos de gobiernos *de facto* (Paraguay, Guatemala y Chile).

En conclusión, el libro dirigido por Capdevila y Langué muestra el carácter incontestable del establecimiento de la HTP como corriente historiográfica y, también, revela, una vez más, la importante renovación que ha producido ésta en la historia contemporánea. Se trata de un aporte muy valioso, tanto por la amplitud del horizonte de casos analizados como por la profundidad de los enfoques y las preguntas planteadas sobre la evolución, función y viabilidad de una HTP en el contexto latinoamericano. Entre todos los problemas abordados se destaca uno que, implícita y explícitamente, sobrevuela a la obra en su conjunto. ¿El historiador tiene alguna responsabilidad, ética o profesional, frente los pasados recientes traumáticos, como los que se han estudiado en este libro? Frente a una renovación como la que aparejó la consolidación de la HTP, ¿también se ha modificado el rol del historiador, si lo consideramos inserto en un contexto más amplio que el de su campo estrictamente profesional? ¿Está ahora el historiador encargado de “asegurar” la transmisión de la memoria, además de la de un saber, algo bien diferente?² Parece haberse instalado en un espacio amplio y variado de producción de sentidos sobre el pasado la idea de que una demanda social empujaría al historiador a tomar la palabra públicamente sobre estos asuntos. En todo caso, y a pesar del auge de los estudios sobre esos pasados dolorosos y cercanos, tanto desde la academia como desde el periodismo y la disputa memorial, el tratamiento de esta parte de la historia del tiempo presente no es un imperativo moral sino una opción profesional. Así lo muestran los ejemplos disponibles, en especial, en lo que respecta al caso argentino. También el libro reseñado que pone en evidencia la complejidad del asunto y la necesidad de prolongar los debates al respecto.

MARIO RANALETTI

Universidad Nacional de Tres de Febrero

² Este problema fue tratado por Olivier Dumoulin en un incitante trabajo. Véase: DUMOULIN, Olivier. *Le rôle social de l'historien: de la chaire au prétoire*. Paris. Albin Michel. 2003, pp. 119-121.